

INDEPENDENCIA

de

Jesús R.M.

La noche pesa en mi piso. La cocina está casi a oscuras; solo entra una luz débil por la ventana mientras la lluvia golpea el cristal con fuerza. Abro la nevera y el resplandor azul me ciega durante un segundo. No hay casi nada: un yogur, una fruta en mal estado y un bote de pepinillos. Me paso la mano por la cara, agarro varios pepinillos y cierro.

Llego al salón, me siento en el suelo y enciendo la televisión. Nunca llegué a imaginar que el sofá sería algo más primordial que la propia televisión. Teletienda, boxeo, póker y gran cantidad de contenido irrelevante que suelen emitir a estas horas. Paso de un canal a otro sin apenas ver lo que están haciendo, solo leyendo el contenido del canal en los instantes previos donde se mantiene a oscuras el canal. Cuando llevo más de cuarenta canales, llego a uno que logra que me quede: una señora envuelta en terciopelo, con voz sosegada y grandilocuentes anillos, que promete vislumbrar tu futuro por un módico precio. Mientras su mano derecha acaricia su sien, la mano libre se mueve por encima de una bola de cristal. Suena el teléfono, la vidente, con un gesto sutil, pide la entrada del próximo afortunado.

—¿Con quién hablo?

—Hola, soy María —responde la telespectadora.

—¿En qué puedo ayudarte, María?

—Mis padres...

—¿Cáncer, cierto?

Se escuchan unos gemidos al otro lado de la línea.

—Tranquila, la bola de cristal dictaminará... no estés triste. Las energías están contigo —dice mientras, poco a poco, se acerca más y más a la cámara—. Cree lo que te digo, tus padres...

Apago la televisión.

Solo se escuchan los grillos y un poco de estática restante que todavía emite la televisión. Me paso la mano por la cara y devoro el pepinillo de un solo bocado. Camino por el pasillo estrecho, masticando sin ganas. Entonces suena el telefonillo. Me detengo, doy media vuelta y descuelgo.

—¿Sí?

Nadie responde. Es un edificio antiguo, no tiene cámara que permita discernir el rostro de la persona que llama desde el portal. Aun así, pulso el botón y abro. No sé por qué lo hago. Camino más rápido hacia mi habitación.

Está iluminada únicamente por la luz exterior. Hay cajas por todas partes, la cama, todavía sin sábanas, está llena de trastos. El despertador marca las 3:29 de la madrugada. Me abro paso hasta la mesilla, saco el móvil y llamo.

—¿Eres tú? (...) Ah vale. No te preocupes, no es nada. Han llamado a casa y pensaba que eras tú.

Intento mantener la compostura.

—Sí, he abierto (...) Serán unos críos...

Me acabo el pepinillo de un mordisco.

—Descansa, mamá (...) sí, siento haberte despertado (...) todo bien, no te preocupes...

Suelto una risa que ni yo me creo.

—Me voy a la cama, mañana será un buen día (...) Sí, tengo la ropa de la entrevista (...) Sí, cualquier cosa te llamo. Buenas noches (...) Y yo. Adiós.

Cuelgo. Me quedo mirando la pantalla del móvil: una foto con mis padres. Por un segundo, me aferro a eso. A su olor. A su casa, nuestra casa. Son las 3:30 ahora.

Entonces suena el timbre. Arriba. En la puerta de mi casa.

Me quedo congelado. Miro hacia el pasillo. La pantalla del móvil se apaga. Trago saliva y me levanto. Camino despacio, mientras mascullo entre dientes maldiciones inentendibles.

La mirilla está completamente negra, como si algo la tapara. Me detengo durante un instante a cierta distancia. Doy un paso más... y de pronto vuelve la luz a través de la misma. Ya no hay nada cubriéndola.

Me acerco. Desbloqueo el móvil y vuelvo a llamar.

—¿Qué pasa? —dice mi madre, alarmada.

—Han llamado arriba, mamá.

Trato de susurrar mientras abro la puerta, salgo al pasillo y observo todo el pasillo.

—¿Quién es? —me pregunta.

—No hay nadie, mamá...

El pasillo es largo, oscuro. Vacío.

—No será nada, algún gamberro... Anda, vete a dormir, cariño, la primera noche siempre es un poco difícil —me consuela.

No respondo. Miro al final del pasillo, la oscuridad me devuelve la mirada.

—Lo sé... perdona... no es nada. Lo siento. Buenas noches, mamá.

Cuelgo.

Me quedo ahí, con la luz del móvil iluminándome la cara, testigo de la oscuridad que arremete contra el pasillo.

Entonces, un relámpago.

Y lo veo.

Al fondo del pasillo, junto a las escaleras y el ascensor, veo algo. Una figura enorme, deforme, con brazos largos y tres pelos solitarios que dividen su cara en tres partes. Está de espaldas... pero su cara girada hacia mí. Mirándome.

Su cuello se flexiona con una facilidad pasmosa, el instante en que el rayo ilumina todo el pasillo se queda detenido en el tiempo. Nos miramos. Su respiración comienza a aumentar, superponiéndose al sonido de la lluvia que proviene de la calle. La mía se detiene o, simplemente, dejo de escucharla.

La luz desaparece.

La oscuridad obedece y pone tierra de por medio entre eso y yo.

No me puedo mover. El aire no me entra bien. Doy un paso atrás, muy despacio.

Tras treinta segundos, la pantalla del móvil se apaga. Mi rostro deja de ser visible. Las paredes desaparecen, como si de un sueño se tratara.

Y entonces... pasos.

Pesados.

Rápidos.

Vienen hacia mí.

El miedo me golpea de lleno. Entro corriendo, cierro la puerta de un portazo y me quedo pegado a ella, respirando como puedo. Me tiemblan las manos. Desbloqueo el móvil.

Un pitido agudo rompe el silencio:

PIIIIIIIIIII... PIIIIIIIIII...

Miro a través de la mirilla.

Algo la está tapando otra vez. Solo veo oscuridad; escucho silencio; huelo a nuevo. Dentro sí que escucho mi respiración: las cajas y el espacio permiten que se intensifique. No puedo dejar de mirar a través de la mirilla, más allá de mi nueva casa; más allá de la oscuridad que me devuelve la mirada. Me acerco mucho más al ojo de la mirilla, como la vidente que quería sentirse más cerca de aquel dolor tan rentable, incrustándome en la oscuridad.

El teléfono se descuelga.

—¿Mamá...?